

LIBROS

Héctor Vázquez Azpiri: «Juego de bobos»

Vázquez Azpiri, un escritor que vive bien, lo que está a la vista del visitante. Es también, ciertamente, un escritor que trabaja: lee, estudia, traduce, escribe. Rodeado de libros por todas partes —libros de historia, científicos, literarios; libros del siglo XVII y XVIII; libros ingleses y españoles—, de reproducciones, de cuadros, de antigüedades, Vázquez Azpiri termina una novela y comienza una obra histórica. Pone punto final a «Juego de bobos» y la palabra inicial de «De Alfonso XIII al príncipe de España». Finalista del Nadal, con «Vibora», el año en que lo ganó Sánchez Ferlosio, premio Alfaguara, con «Fauna» (hubo dos votos en contra, según él sospecha), ha firmado sucesivamente «La arrancada», «La navaja» y «El cura Merino, el regicida», análisis histórico no sujeto a esquemas convencionales. Asturiano de 1931, con estudios de Medicina y de Filosofía, ha colgado un mapa de Asturias en la cabecera de su cama. ¿Por qué?

VAZQUEZ AZPIRI.—Lo he necesitado en la realización de «Juego de bobos». Es una novela centrada en la Guerra de la Independencia, una historia de ficción situada en un contexto histórico real, un poco a la manera de Galdós. Y este contexto histórico no es otro que el conformado por la sublevación asturiana contra las tropas napoleónicas, mandadas en el Norte por el mariscal Ney. No sé si sabrás que Asturias fue la primera región en alzarse. El primer correo de Madrid —correo de mulas de collera todavía— que llegó a Oviedo después del dos de mayo de mil ochocientos ocho, llevaba, con la noticia de los hechos madrileños, la chispa que encendería la guerra en Asturias inmediatamente.

—Yo pienso que aquella guerra revistió, sobre todo, un

carácter religioso. Las gentes, el pueblo, no se levantaban tanto contra un invasor como contra unos hombres que desempeñaron el papel histórico de dispersar por toda Europa determinadas ideas.

V. A.—También lo creo así, aunque no absolutamente. Desde luego, entre los primeros en lanzar el grito de guerra había, en Oviedo, varios curas. Pero en seguida se politizó la sublevación, se popularizó, se crearon juntas, en las que figuraban muchos liberales que luego conectarían con los hombres de Cádiz. Creo, sinceramente, que los asturianos fueron los primeros en valorar la trascendencia del enfrentamiento. En mi novela cuento una serie de hechos que así lo revelan. Los levantados se pusieron, sin tardanza, en contacto con un inglés, un pirata, que navegaba por el Cantábrico en el «Stace Brick»; el capitán Fooll. Del puerto de Gijón salió en su busca «La Teresina», un barco de Toribio Cifuentes.



Actuó de intérprete el periodista Silvestre de la Piniella. El inglés se dirigió al puerto de Falmouth; así se consiguió una primera ayuda de cincuenta mil reales. Entre los alzados estaban el canónigo Ramón del Llano Ponte y el cura Castañón. La lucha contra las tropas napoleónicas fue muy importante en Peñaflores...

—Un punto clave, también, en la guerra civil.

V. A.—Pero las juntas se fueron retirando hacia Galicia, reuniéndose sucesivamente en más de una docena de lugares. He aquí el secreto de este mapa de Asturias. He seguido, en la novela, su recorrido por esta geografía.

—¿Y por qué titulas la obra «Juego de bobos»?

V. A.—Yo creo que está muy claro. Todo un gigantesco esfuerzo de seis años para que luego llegara Fernando VII como Rey absoluto...

—Recordamos que en «Vibora», finalista del Nadal, relatabas un suceso autobiográfico.

V. A.—Sí, ya sabes que fui secuestrado en Celorio, siendo todavía un niño, por las gentes del monte. Estuve dos días en su poder; fue un verano, a finales de julio. Pero no he narrado esta experiencia, la he utilizado libremente.

—¿Has encontrado dificultades para hacer escritor?

V. A.—En este país, te tienes que morir para que te hagan caso. Ahí está el ejemplo de Luis Martín Santos, un novelista que no significa tanto como dicen. Aquí, generalmente, se escribe de oído. Lo más fácil es jugar al camelo. Esta carrera es como el juego de la cucaracha: te la hacen resbaladiza para que te caigas, para que te quedes abajo sin poder subir. Pero si te mueres te celebran incluso aquellos que no te han leído nunca. Mira el caso de Ignacio Aldecoa, un gran escritor del que apenas se hablaba; ahora le ponen por las nubes.

—¿Cómo definirías al escritor: español?

V. A.—Sí; de hecho es una enfermedad, una desgracia más bien súbita. Es cómico que algunos sueñen con la gloria. La gloria... ¿Qué diablos será eso!

—Pero hay escritores con fuerte personalidad literaria.

V. A.—Hay grandes imitadores. Muchos están bebiendo todavía a Faulkner, un Faulkner traducido. Casi todas las versiones de su obra son pésimas, lo mismo que las de Joyce. Figúrate cómo serán las imitaciones.

—Hablemos de tu método y de tus técnicas.

V. A.—Escribir es, para mí, una pasión que te marca totalmente. Uno puede realizarse como escritor de muy diversas maneras. Pienso que todo buen escritor debe seleccionar mucho sus ideas, no aprovechar la primera que le llegue; debe, a demás, elaborarla bien, reflexionar mucho antes de desarrollarla, sin caer, claro, en el caso de aquel

monje budista que estuvo meditando durante cincuenta años; sus amigos le preguntaron en qué había concluido, y él dijo solamente: «¡Ah!».

—La literatura puede ser, creo, un medio de conocimiento.

V. A.—Sí, de hecho es una forma de conocimiento superior a los métodos racionales, a la lógica matemática, por ejemplo. Decir esto no supone incurrir en ningún irracionalismo, sino simplemente pensar que este medio de conocimiento está situado a un nivel distinto.

—¿Qué lecturas frecuentes?

V. A.—Leo habitualmente libros de biología. Esta afición no proviene, como pudiera suponerse, de mi antigua vocación médica. Estoy seguro de que los médicos saben muy poca biología.

—¿Cómo te ves a ti mismo en el porvenir?

V. A.—Confío en que algún día podré realizar un sueño que vengo acariciando desde hace mucho tiempo: ser monje en un monasterio del Tibet. Espero que, para mí, esta realización represente alcanzar la felicidad. Sin embargo, dudo. Cuando niño quería tener un barco y estaba seguro de ser feliz si lo conseguía. Pues bien, tuve un barco..., pero la felicidad no era esto.

(Héctor Vázquez Azpiri extrae de un cajón de su mesa de trabajo un paquete de tabaco de picadura y se dispone a liar un pitillo.)

—Se ve que estás muy ligado a las costumbres tradicionales de este país.

V. A.—Que conste que soy conservador solamente en esto. Que conste. ■ EDUARDO G. RICO. Foto: VIADA.

Sin trompetas ni tambores

Este es el título del libro que acaba de publicar Diego Moreno (Ediciones Picazo, Barcelona). Un libro sobre los problemas del campo español, del que me resisto a afirmar que sea una novela: es un reportaje centrado en un pueblo del Sur —no importa la provincia— con protagonistas de ficción, pero que pueden existir, escrito con un humor fino, nunca utilizado con exceso. Para novela le faltan

varios elementos indispensables: mayor profundidad dramática, una más rigurosa selección de situaciones y una construcción diferente. Pero creo que a Diego Moreno lo que le importa es el alcance de su trabajo, el cumplimiento



to de su propósito previo, es decir, la exposición cruda de una realidad generalmente desconocida, voluntariamente o no, para el hombre de ciudad, sin duda el que más capacidad de decisión tiene en este país. Diego Moreno, periodista profesional, nos ofrece en «Sin trompetas ni tambores» una brillante muestra del dominio que ejerce sobre su oficio. Creo, por otra parte, que esta técnica periodística de que Diego Moreno se sirve, es más eficaz en orden al desarrollo de las posiciones críticas del autor. ■ E. G. R.

Cine formativo

Premio Antoni Balma-ya, 1968, editado por Nova Terra, «Cine Formativo», de José Serra Estruch, es, sobre todo, el apasionado documento de una vocación y de un largo trabajo. Su autor es uno de los pocos y de los primeros que ha intentado plantearse el tema del cine infantil desde una perspectiva pedagógica. Año tras año, ha ido celebrando cursillos y estableciendo las bases de una organización que, pese a la riqueza social de sus fines, a los centenares de personas bienintencionadas interesadas, a los millones de pesetas invertidos por el Estado en la protección de desdichadas pe-

liculas infantiles y a la existencia de un específico Centro Nacional, no ha recibido la necesaria consolidación legal.

Serra Estruch ha sido el que, aprovechando las Conversaciones del Festival de Gijón, denunció, edición tras edición, el oportunismo de muchos industriales, ganados por el negocio del cine infantil; una política, en fin, que mostró sus contradicciones sustanciales cuando la programación obligatoria reveló la absoluta falta de películas útiles y la total imprevisión respecto de los modos de reunir un auditorio infantil.

Para Serra, la película sólo tenía sentido dentro de una "sesión", en la que la proyección iba precedida y seguida de una serie de manifestaciones encaminadas a orientar al auditorio infantil y a hacerle participar activamente en los contenidos y formas del film. Serra Estruch concebía —concibe— la formación de los monitores o personas encargadas de realizar estas sesiones en doce lecciones, cuyos temas integran los doce capítulos —con sus correspondientes apéndices— de este libro. Suponen una síntesis de temas pedagógicos, de psicología infantil, además de los propiamente cinematográficos, a través de la cual, superando la vieja idea del cine estrictamente informativo, se plantea las aportaciones que el cine puede hacer para la formación de la infancia. El volumen debe de ser examinado dentro de un plan general de trabajo, absolutamente encomiable dentro de la vida social española; lo audaz y personal es el índice, la búsqueda de los puntos de incidencia entre los temas, y no, ya se entiende, el contenido concreto de cada apartado, que suele limitarse a un intento de resumir en unas líneas materias a menudo vastas y difícilmente condensables.

El libro está pensado, lógicamente, para gentes interesadas en la infancia. Es, justamente, esta fundamentación pedagógica, esta implícita demanda de que sean los educadores y no los industriales quienes se interesen por el cine infantil, la aportación más radical y valiosa de Serra Estruch. Frente a la actitud paternalista de ciertos pedagogos, frente al recelo o

ignorancia ante el cine de los más recalcitrantes, frente a la presión también negativa de tanto improvisado autor de películas infantiles —con la mirada únicamente puesta en las leyes de protección económica—, la escuela de Serra Estruch intenta dar voz y voto a los niños, poniendo el debate y la crítica donde suele estar la tutela sistemática y falsamente espiritualista.

La obra será, en su día, supongo, corregida; sus puntos de sistematización, sometidos a debate. Sin embargo, hoy por hoy, es un valioso libro de pionero, tras cuya lectura se le ocurren a uno infinitas preguntas a los que han tenido, con muchos millones del Estado en la mano, la gestión y creación del artístico y pedagógicamente inexistente cine infantil español. ■ J. M.

El libro español en Cuba

Rebelde en 1958, en conexión con la Sierra desde la clandestinidad de Santa Clara, luchador en la famosa batalla de su ciudad cuando el «Che» destruyó las últimas unidades del ejército batistiano, Rolando Rodríguez García es hoy director del Instituto Cubano del Libro, y en función de su cargo ha venido con frecuencia a Madrid. La última vez hace solamente unos días. Tiene veintinueve años, proviene de la Facultad de Derecho de La Habana y ha sido, junto con Aurelio Alonso, Fernando Martínez, Jesús Díaz y José Bell, el creador, en el seno de la Facultad de Filosofía, del seguramente grupo teórico más original surgido en los últimos treinta años: el que anima la revista «Pensamiento Crítico». Ahora conduce todo el plan editorial cubano, desde la dirección de un departamento que tiene categoría de Ministerio —Rodríguez asiste a los Consejos de Ministros, y todas las decisiones en materia de edición se producen a este nivel— y está directamente comprometido en la batalla de la educación.

Ha venido a comprar libros españoles. Porque Cuba produce dieciocho millones de ejemplares al año —frente a

un millón en la época batistiana—, que le confieren el primer lugar en edición por habitante de América Latina (tras ella van México y la Argentina), pero esta cifra aún no es suficiente para su consumo. Cuba tiene prisa, debe preparar con celeridad cuadros técnicos, formar a sus propios científicos, y España puede servirle, le sirve ya, los libros necesarios. En 1969, el Gobierno de La Habana importó dos millones y medio de dólares en libros españoles. «Si todo marcha bien —nos dice— esta cifra se incrementará, a pesar de que nuestra producción, por la mayor atención que se le prestará y la instalación de nuevos medios técnicos, se acrecentará de tal modo que en 1975 llegaremos a los cincuenta millones de ejemplares. La nueva planta que estamos montando permitirá este aumento espectacular».

En España, Rolando Rodríguez comprará, ha venido comprando, libros técnicos y científicos por ediciones com-

se han difundido 80.000 ejemplares. Existe en este momento un ambicioso plan para lanzar a todo el «98» español. Anotaremos, asimismo, como cifras importantes, los 30.000 ejemplares del «Largo viaje», de Semprún, y los 10.000 de la poesía española contemporánea de Batlló. Pero la difusión más alta la alcanzó el Diario de Ernesto Guevara en Bolivia: un millón de ejemplares agotados en unos días. «Se puso a la venta un lunes; antes de abrir la librería había más de diez mil personas esperando. Interrumpieron la circulación de la calle».

«Nos proponemos proteger a los escritores noveles. Para ellos hemos creado la colección "Pluma en ristre"; quien pretenda acogerse a esta serie deberá cumplir inexorablemente una precondición: que sea inédito». Sin embargo, la atención, en este momento, se encuentra fijada en la formación técnica y científica, por imperativo del desarrollo socioeconómico cubano.

Estructuralmente, la difu-

ocho, organizamos, para el libro español, una de las exposiciones más hermosas presentadas en la isla. En La Habana la conocieron más de cincuenta mil personas. Luego la trasladamos a otras ciudades del país».

Por último, el director del Instituto del Libro nos relata alguna anécdota muy significativa. «En las minas de níquel de Sagua de Tánamo se vendieron, en cinco días, trescientos ejemplares de «La condición humana», de Malraux. En un viaje por la Sierra charlé ocasionalmente con una muchacha de dieciocho años y cual no sería mi sorpresa cuando comenzó a hablarme de Kyo, de Gisora, de May, como si fueran familiares suyos...».

—Pero en la Unión Soviética nunca han tenido, precisamente, mucha simpatía a la literatura de Malraux —le replico.

Rolando Rodríguez, el rebelde de Santa Clara, el director del Departamento de Filosofía en otro tiempo, el director del Plan Editorial cubano, sonríe.

—Para nosotros, la ortodoxia es nuestra ortodoxia, somos siempre nosotros los ortodoxos. ■ E. G. R.

La novela criminal

Es importante la labor que Editorial Tusquets, de Barcelona, está realizando al servicio de un planteamiento muy loable: la difusión en nuestro país de una serie de textos que, de otro modo, nunca llegarían a las manos del lector español, tanto por su especial naturaleza como por el género o los géneros a los que se adscriben. Así "Historia de un verdugo", escrita por Henri Sanson, un verdugo francés, perteneciente a una dinastía que monopolizó el oficio durante dos siglos, fechada en París en 1862, y traducido al español, según parece, aquel mismo año por un editor valenciano, que nos presenta, esta segunda vez, Muñoz Suay. Se trata, y así está definida la obra, de una "Ojeada histórica acerca de los suplicios".

Otro libro de muy notable calidad, dentro de la serie "Cuadernos infimos", lo constituye el titulado "La novela



Cola en la librería de La Habana Libre.

pletas. Esta relación ya existía en los primeros tiempos de la Revolución, pero desde la creación del Instituto del Libro en marzo de 1967 —en un intento de centralizar y tornar coherente el proceso editorial— se ha intensificado.

Son impresionantes los datos acerca de la difusión del libro en la isla. Las tiradas asombrarían a un escritor de otro país. De «La familia de Pascual Duarte», de Camilo José Cela, se han vendido 50.000 ejemplares en poco tiempo, y de «La tía Tula», de Unamuno, 80.000. También de «Doña Perfecta», de Galdós,

la difusión del libro se halla garantizada por una red de puntos de venta, que alcanza a todos los pueblos y lugares de la isla. En aquellas aldeas donde no hay más que un establecimiento comercial existe en el mismo una pequeña sección consagrada a la exhibición y venta de los libros recibidos de La Habana. A muchos lugares de la Sierra se suben los libros a lomos de una mula.

«Los editores españoles están interesados en el mercado cubano —nos asegura Rolando Rodríguez—. En octubre de mil novecientos sesenta y